

El 29 de Junio de 1867.

28 de Junio, al medio día.—La fiesta comienza. Los cañones del castillo de San Angelo saludan al Pescador de Galilea, rey de Roma y jefe espiritual del mundo, con una salva de ciento un cañonazos. Durante una hora, todas las campanas de la ciudad repican a todo vuelo.

En la tarde.—El Santo Padre ha cantado las primeras vísperas, con el ceremonial de estilo, en la basílica vaticana. Ha bajado procesionalmente a la capilla Sixtina, precedido por el clero, los diversos prelados, obispos, arzobispos, patriarcas y cardenales.

Al Ave María.—La cúpula, la fachada y la columnata de San Pedro han sido iluminadas con 5,000 linternas venecianas, todas de color blanco, a las cuales una hora después se han añadido 800 fuegos brillantes. Toda Roma estaba en las calles que circundan al Vaticano, sobre el Puente de San Angelo, sobre las colinas del Janículo y del Pincio. La iluminación de la cúpula es la figura del triunfo de Pedro. Es la tiara, la tiara resplandeciente, suspendida arriba del sepulcro de los Apóstoles, y esta significación no escapó a nadie.

El 30 de Junio.—Amanece el día, y ya la ciudad está en un movimiento extraordinario. ¿De dónde vienen estas olas oprimidas que corren todas hacia San Pedro? Es menester preguntarlo a la tierra entera, a la Italia, y a la Francia sobre todo.

Abajo de la cátedra de San Pedro, con el triángulo de la Trinidad, cuyos rayos y resplandeciente luz vendrán a rodear é iluminar el lugar donde se sentará el Vicario de Jesucristo. Arriba, al nivel de la cátedra de Pedro, se han inscrito sobre un fondo de oro estas palabras: *Cathedra Petri.—Magisterium fidei.—Centrum unitatis.*

(Union.)

El castillo San Angelo ha enarbolado las banderas de la santa Iglesia, roja y amarilla, púrpura y oro. La Iglesia recibió estos colores de los Césares antiguos con el imperio del mundo. Los emperadores de Alemania, en su cualidad de gefes del Santo Imperio romano, las habían recibido de Roma, y ellos habían unido el negro, en señal de duelo por la pérdida de Constantinopla. Napoleón I destruyó el Santo Imperio, el cual abdicó él mismo. No hay ya razón para que la Alemania conserve estos colores. La revolución sabrá que vienen de la Iglesia y los rechazará: esperémoslo.

El cielo está tranquilo. Se levanta un viento fresco, un viento desusado que hace flotar en todos los balcones las hermosas cortinas. La procesión de los obispos sale del palacio y atraviesa la plaza, y se ven algunos ángeles que tienden arriba de estas cabezas veneradas nubes de plata. El Apocalipsis nos habla del *Angel de las Aguas*. Es un ministro del Señor a quien asisten las legiones de las potestades subalternas. ¿Por qué no se habían de disponer las cosas de la naturaleza de modo que nos agradara y que favoreciera la fiesta? Las aguas, suspendidas en la atmósfera, se desprenden de su administración.

Luego aparece el Soberano Pontífice llevado en la *sedia gestatoria*. Trae la mitra de oro. Es el Obispo de los obispos, el Vicario de Aquel *qui habet in vestimento et in femore scriptum: Rex regum et Dominus dominantium.* *

* El Santo Padre es precedido por el más magnífico cortejo:

Primero iban los referendarios de la signatura, los ministros del Parque mayor, los votantes de la signatura de justicia, los clérigos de la cámara apostólica, rodeados de los ugieres pontificios, los auditores de la Rota romana con el maestro del sagrado palacio; después los dos capellanes llevando la tiara y la mitra de que se sirve el Papa; después el maestro del sagrado hospicio, el prelado que tiene el incensario de oro, el auditor de la Rota llevando la cruz pontificia en medio de los siete candeleros, llevados por los prelados votantes a la signatura, el subdiácono apostólico, entre el diácono y el subdiácono griegos, los penitenciarios de la basílica Vaticana con su vara adornada con flores, los abades mitrados,

de la sociedad civil, que nos afligen, se ha dignado, en estos ilustres mártires, confesores y vírgenes, dar a su Iglesia nuevos defensores y a los pueblos fieles, ilustres ejemplos de virtud. Sigamos con el mayor cuidado las huellas insignes de estos santos, é inflamados más y más en el mismo espíritu de fe, de esperanza y de amor de Dios, despreciemos las cosas de la tierra, no consideremos mas que las del cielo; marchemos con un paso mas alegre en los senderos del Señor, renunciemos a los deseos del siglo, vivamos sóbria, justa y piadosamente, y animados todos con el mismo espíritu, soportémonos los unos a los otros; llenos de sentimientos de fraternidad, compasivos, modestos, humildes, esforcémonos en asegurar por nuestras buenas obras nuestra vocacion y nuestra eleccion.

« Pero que nos sea permitido en lo de adelante levantar con toda humildad y confianza los ojos hácia vos, Señor Dios Nuestro, que rico en misericordia, manifestais vuestra omnipotencia, sobre todo, perdonando y compadeciendo. Echad una mirada propicia sobre vuestra Santa Iglesia, a quien agita la tempestad; ved a la sociedad humana sujeta a tantas agitaciones; por los méritos de vuestros Apóstoles Pedro y Pablo, y de estos mártires, confesores y vírgenes, apartad de nosotros vuestra cólera, multiplicad sobre nosotros vuestra misericordia; haced por vuestra virtud todopoderosa que la Iglesia, triunfando en todas partes de sus enemigos, se extienda todos los dias más y más con felicidad y éxito; haced que todos los pueblos, rechacen el error y dommen al vicio, se encuentren en la unidad de la fe y en el conocimiento de vuestro Hijo, Nuestro Señor Jesucristo; defended a esta ciudad con vuestra diestra divina contra las asechanzas y los esfuerzos de sus enemigos.»

En la misa solemne del 29 de Junio, celebrada por el Soberano Pontífice sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles, enfrente de la Cátedra de San Pedro, ha habido un momento de una magnificencia inaudita: este es aquel en

que todos los obispos, en número de cerca de quinientos, han entonado el Credo, el Símbolo de San Atanasio, la expresion de la fe de la Iglesia desde el principio, la expresion de la fe católica sobre toda la tierra. Todos estos hombres doctos, instruidos en lugares diferentes, que pertenecen a nacionalidades diversas y frecuentemente enemigas, que varios no se conocian sino algunos dias ántes, han espontáneamente, por decirlo así, y sin estar concertados, expresado las mismas creencias, en los mismos términos, sin vacilacion, sin reserva, con una conviccion que no retrocederia ante el martirio. Y ninguno de ellos ha hablado por sí solo; todos representan a diócesis, a poblaciones enteras que obedecen a su autoridad, hablan y piensan como ellos, y como ellos, están prontas a sellar su fe con su sangre. ¿Dónde encontrar un espectáculo mas grande, en este momento, sobre todo, en que fuera de la Iglesia, no hay mas que divisiones, guerras, conflictos, y donde las sociedades, disueltas por los principios revolucionarios, se reducen a no ser mas que restos de hombres?

En el Ofertorio, las ofrendas propias al rito de la canonizacion fueron presentadas a Su Santidad; hubo siete, correspondientes al número de las causas de canonizacion. Cada una de ellas consistia en cinco cirios adornados de pinturas, en dos panes, dos pequeños barriles llenos, uno de vino y el otro de agua, y en tres jaulas, encerrando, la primera dos tórtolas, la segunda dos palomas, la tercera algunos pajaritos. La presentacion fué hecha por los Eminentísimos Cardenales que forman la Sacra Congregacion de Ritos, acompañados de las personas que están designadas en el ceremonial.

Miéntas que se verificaba esta ceremonia, tres coros, formados de mas de cuatrocientas voces, cantaban las palabras: *Tu es Petrus*, y las siguientes hasta *Portæ Inferi non prævalebunt*, puestas en música para esta solemnidad por el Capellan Chantre pontificio Dominique. El efecto fué verdaderamente maravilloso. Se hubiera dicho al oír a los cien-

to veinte niños colocados en la cúpula, que era la voz de los ángeles del cielo la que respondía a la Iglesia militante para proclamar y exaltar el poder invencible de Pedro.

Concluida la presentación de las ofrendas, el Santo Padre terminó el Santísimo Sacrificio, después del cual el Eminentísimo cardenal Mattei, arcipreste de la Basílica, y dos Canónigos, le hicieron, según estilo, la presentación del presbiterado.

De ahí Su Santidad fué sobre la *Sedia gestatoria*, a la capilla de la Piedad, donde se quitó los ornamentos sagrados.

Significación de la fiesta del 29 de Junio.

«La luz resplandeciente de la eternidad hizo brillar con hermosura el día que vió el triunfo de los Príncipes de los Apóstoles.»

Por esto la Iglesia, cada año, celebra el martirio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. A todos estos esplendores del primer día, esta vez se añade el brillo secular, y la Iglesia entera canta, después de diez y ocho siglos:

«Hoy, San Pedro fué colocado en el suplicio de la Cruz: *Alleluia!* Hoy, aquel que tiene las llaves del Reino de los Cielos fué a unirse con Cristo en la felicidad. Hoy el Apóstol San Pablo, la luz del mundo, inclinó su cabeza bajo la espada por el nombre de Cristo, y fué coronado con el martirio: *Alleluia!*»

Este día, el sol que iluminó este aniversario diez y ocho veces secular no vió en el mundo nada más grande que Roma.

Paris entretanto ostenta todas las riquezas de la tierra y las maravillas de la civilización; pueblos y príncipes se han dado allí citas. Mas ya Babilonia y Menfis, Atenas y la Roma de los Césares habían presentado al mundo espectáculos semejan-tes; habían visto muchas veces el triunfo de los

Sesostris, los Alejandro y los Césares, todas las magnificencias de la civilización y las glorias de los príncipes de la tierra. Nada de todo esto es nuevo para el sol. ¡Brillo efímero, triunfos de un día! Todo ha desaparecido.

Roma, por la primera vez, ofrece al universo un espectáculo único é incomparable. Ella aparece con una belleza siempre antigua y siempre nueva, llena de gloria y de majestad; celebra un triunfo inmortal.

Sin duda, las naciones han acudido a Paris; los reyes también han ido allí: el placer los llamaba.

En Roma, es cierto, no ha habido un concurso tan inmenso; y entre todos estos reyes de la Europa cristiana, no se han encontrado príncipes presurosos en responder al llamamiento del Pontífice-Rey.

No os toca venir a vosotros ¡oh ricos y poderosos de la tierra! a estas fiestas del martirio, vosotros que preferís el placer, los gozos de la riqueza, las satisfacciones del orgullo, a Cristo y a su Iglesia.

Pero hé aquí que a la voz del sucesor de Pedro, acuden los siervos de Cristo de todas las extremidades del mundo. ¡Vosotros los primeros, pastores del pueblo fiel, obispos de la santa Iglesia!

Ellos vienen del Occidente, del Norte, del Mediodía y del Oriente, de los continentes y de las islas; porque la Iglesia de Dios está en todas partes. Los mares no son bastante extensos para detener su marcha; los bosques salvajes no tienen profundidad que los detenga, y el desierto ha dado los suyos. Vedlos llegar; son por centenas. Y estos sacerdotes innumerables, y estos católicos de todos ritos y de todas lenguas, apenas han tocado el suelo sagrado, los unos se postran y besan la tierra romana, sede de la Iglesia madre y maestra; los otros, desde que descubren la cúpula santa, como el poeta antiguo de la ciudad reina del mundo, exclaman en su entusiasmo: ¡Oh muros de la gran Roma; *Altæ mænia Romæ!* Y avanzan cantando los himnos del gozo y del triunfo. *¡Magnificat anima mea Dominum!*

A la vista de Pio IX, estallaron aplausos entusiastas. La multitud se agita; millares de pañuelos se ven flotar, y a lo lejos el ruido de las aclamaciones llega al oído como el bramido del mar.

Es difícil entrar en la basílica. Millares de sacerdotes se han perdido en la inmensa multitud, y personajes considerables no han podido encontrar lugar en las tribunas. Pero un sentimiento verdadero y profundamente cristiano surge en el espíritu de todos: y es que importa menos ver los esplendores de la ceremonia que el hacer actos de presencia de adhesión y de fe.

El Santo Padre entró al son de las trompetas de plata y al canto del himno: *Tu es Petrus*. El aspecto general de la gran nave, toda iluminada y adornada con cortinas y pinturas, es

los quinientos obispos y cardenales, todos con sus vestiduras sagradas y rodeados de su numeroso séquito; después los senadores y los conservadores de Roma, con el príncipe asistente al trono, el gobernador de la ciudad, los dos diáconos asistentes, el cardenal diácono ministrante, y por último, el Soberano Pontífice, llevado sobre la *sedes gestatoria* en medio de los *flabelli*, que llevan en la mano izquierda un cirio y con la derecha bendicen al pueblo. Alrededor de él marchan los oficiales superiores de su casa y de su guardia, después vienen el auditor general y el tesorero general de la cámara apostólica, el mayordomo a la cabeza de los camareros de capa y espada, los protonotarios apostólicos, los generales de las órdenes, etc., etc., etc. Con dificultad se podrá tener una idea del esplendor y la dignidad de una procesión donde se han desplegado todas las riquezas de la pompa romana, y en la que han tomado parte *quinientos obispos* venidos de todos los puntos del globo.

Los obispos, arzobispos y patriarcas del rito latino llevaban la capa de lana de oro y la mitra de lino; los de los ritos orientales, los ornamentos que les son propios. Todos estos 450 prelados, dispuestos según el orden de precedencia, se avanzaban de dos en dos. Los patriarcas, arzobispos y obispos latinos marchaban al lado de los patriarcas, arzobispos y obispos griego-melchitas, griego-rutenos, griego-rumenos, griego-búlgaros, armenios, sirios, caldeos, maronitas, coptas. ¡Espectáculo imponente, que Roma no había contemplado desde hace muchos siglos! Detrás de los patriarcas venían los cardenales-diáconos, con dalmática; los cardenales-presbíteros, con casulla, y los cardenales obispos, con capa.

deslumbrante. Las luces esparcen poco brillo. Hay algunos arabescos y dibujos transparentes con luz detrás, entre los cuales, uno suspendido en medio de la Iglesia, figura la cruz volteada del Apóstol, coronada por la tiara y las llaves. Pero en lo alto de la nave y de la cúpula se eleva un vapor de oro de un encanto inexplicable, que hacen valer sobre todo los tintes azulosos que se distinguen en las naves laterales.

Después de haber recibido la obediencia de los cardenales, el Santo Padre ha invocado a la corte celestial. La Iglesia cantó las Letanías de los Santos, después los sopranos de la capilla pontificia, entonaron el *Veni Creator*, al cual contestó todo el pueblo. Después de estos preliminares, el Papa con la mitra puesta, sentado sobre su trono y rodeado de toda su corte, levanta la voz en calidad de doctor y jefe de la Iglesia universal y dió su decisión solemne: «Ad honorem sanctæ et individuæ Trinitatis, ad exaltationem Fidei catholicæ et christiana religionis augmentum, auctoritate Domini Nostri Jesu-Christi, beatorum apostolorum Petri et Pauli, ac nostra matura deliberatione præhabita, et divina ope sæpè implorata, ac de venerabilium fratrum nostrorum sanctæ Romanæ Ecclesiæ cardinalium, patriarcharum, archiepiscoporum et episcoporum in Urbe existentium consilio, beatos (*siguen los nombres de todos los Bienaventurados*) sanctos esse decernimus et definimus, ac sanctorum catalogo adscribimus: statuentes ab Ecclesia universali eorum memoriam quolibet anno (*indicacion de los dias en que se han de celebrar las fiestas*) pia devotione recolere debere. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.»

Apénas se escuchó esta decisión de Pedro, pronunciada sobre la tierra, y ratificada en el cielo, cuando el cardenal procurador y el abogado consistorial se arrojaron a los piés del Vicario de Jesucristo para darle gracias y pedirle que mandara la expedición de las letras apostólicas relativas a la canonización.

Habiéndoles respondido el Papa: *Decernimus*, el abogado consistorial, mientras que el cardenal fué a besar la mano y

el pié del Papa, se dirigió hácia los protonotarios y los notarios apostólicos, para requerirlos que dirigieran el acto público de la canonización; el dean de los protonotarios respondió: *Conficiemus*; y como son indispensables los testigos para la validez de todo acto público, se dirigió á los camareros, colocados al pié del trono pontificio, y a todos los demás para que diesen testimonio de lo que habia pasado, y los interpelló, diciendo: *Vobis testibus*.

Durante este tiempo se levantó el Papa, se quitó la mitra y entonó el *Te-Deum* en accion de gracias, con una voz vibrante y llena de emocion. Este fué uno de los momentos mas solemnes, mas imponentes y mas majestuosos de la ceremonia. A la voz del Papa respondieron todos los asistentes, con un acento, un entusiasmo, un trasporte de gozo y de felicidad imposible de describir; las lágrimas inundaban los ojos de un gran número, y las emociones mas vivas y tiernas que pueda sentir el corazon humano se desbordaban de las almas de todos.

La misa pontifical.--Homilía de Pio IX.

El Santo Padre celebró la misa pontifical con esa piedad angélica que encanta a todos los asistentes.

Durante el gran oficio del Centenario y de la Canonización, el Santo Padre quiso tener cerca de él a Mr. el Arzobispo de Tolosa, diócesis de Santa Germana Cousin, a Mr. el Arzobispo de Zaragoza, diócesis de San Pedro de Arbúes, y a Mr. el Arzobispo de Tarso, porque este prelado nació en Tarso de Cilicia, diócesis de Pablo, apóstol de los Gentiles. *

* Mr. el Arzobispo de Tolosa, que tenia la palmatoria, dijo que nunca habia tenido una idea mas grande de la santidad de Pio IX, sino despues de haberlo visto de cerca celebrando la misa como un ángel.

Despues del Evangelio, el Papa pronunció una tierna homilía en latin, cuya traduccion es la siguiente:

«Venerables Hermanos y queridos Hijos: ha llegado este dia en que por un beneficio especial de Dios, nos ha sido dado celebrar la solemnidad secular de los Bienaventurados Pedro y Pablo, y decretar el culto y los honores de los santos, a varios héroes de la religion divina. Por esto regocijémonos en el Señor, y entreguémonos a una alegría espiritual, en este dia glorioso y digno de ser honrado con la veneracion y el gozo de todo el universo católico, y sobre todo de nuestra ciudad. Porque en este dia solemne, Pedro y Pablo, estos luminares de la Iglesia, estos grandes mártires, estos doctores de la fe, estos amigos del Esposo, estos ojos de la Esposa, los pastores del rebaño, los custodios del mundo, subieron al cielo por medio de un dichoso martirio. *

Por ellos el Evangelio de Cristo ha brillado para tí, ¡oh Roma! Tú que eras una maestra del error, te has convertido en discípula de la verdad. Ellos son los que, para introducirte en el reino celestial, te han fundado mucho mejor, mucho mas felizmente que aquellos que echaron tus fundamentos. Ellos son los que te han elevado a ese título de gloria, a fin de que, hecho el pueblo santo, la nacion escogida, la ciudad sacerdotal y real, y la capital del mundo por la sede sagrada de Pedro, tu dominio sea mas vasto por la religion divina, que lo fué en otro tiempo por las armas. † Estos dos hermanos que llevan vestiduras espléndidas, son los hombres de misericordia, nuestros venerables padres, nuestros verdaderos pastores que nos han engendrado para el Evangelio.

«¿Quién es mas glorioso que Pedro? Iluminado por una luz divina, él ha reconocido y proclamado ántes que ningun otro el altísimo misterio de la Majestad Eterna; él ha confesado que Cristo era el Hijo de Dios vivo, y estableció de es-

* Sancti Petri Damiani, sermo 27.

† S. Leonis, sermo 82 et 80.

ta manera los fundamentos sólidos é inmutables de nuestra creencia. * Él es la piedra firmísima sobre la que el Hijo del Padre Eterno ha fundado su Iglesia con una solidez tal, que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. A él es a quien Cristo, Señor nuestro, ha dado las llaves del reino de los Cielos, y encomendado el poder supremo, el cuidado de apacentar los corderos y las ovejas, de confirmar a sus Hermanos, de gobernar a la Iglesia universal, a él, cuya fe no desfallecerá ni en él ni en sus sucesores sobre la Cátedra Romana.

«¿Quién es mas dichoso que Pablo, a quien el Señor eligió para proclamar su nombre ante los pueblos y los reyes, ante los hijos de Israel, ** y que arrebatado hasta el tercer cielo fué iniciado en los secretos celestiales, a fin de que, futuro doctor de las Iglesias, aprendiese entre los ángeles lo que tenia que predicar entre los hombres? †

«Los bienaventurados Pedro y Pablo, predicando con un mismo espíritu el Sacramento de la nueva ley, sufriendo sin cesar por el Señor, peligros, dificultades, trabajos, penas y tormentos; llevan el nombre de Cristo y su religion entre los gentiles, triunfan de la filosofia pagana, destruyen la idolatría de su trono, esparcen la luz de la verdad evangelica por sus actos y sus escritos en todas direcciones, haciendo que su palabra resuene en toda la tierra; y se les vió el mismo dia poner a su doctrina el sello de su sangre por una muerte heróica.

«Así, Venerables Hermanos y muy queridos Hijos, mientras nosotros celebramos con ritos solemnes y un gozo extraordinario, la gloria de estos dos Apóstoles, y rodeamos con toda veneracion sus cenizas sagradas, cerca de las cuales estamos aquí reunidos, exaltemos en nuestros discursos

* S. Maximi, homilia 68.

** Hechos de los Apóstoles.

† S. Maximi, hom. 68.

sus ilustres acciones, y sobre todo, imitemos sus virtudes con nuestro mas ardiente celo.

«Tambien un gozo profundo nos inunda, cuando Dios nos permite, en este dichoso dia, decretar el culto y los honores de los santos a los mártires invictos de Cristo, Josafat Kounéviev, obispo de Polotsk, del rito rutheno; Pedro Arbúes, Nicolás Picci y sus diez y ocho compañeros; a los dos gloriosos confesores Pablo de la Cruz, Leonardo de Port-Maurice, y en fin, a las ilustres vírgenes María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo y Germana Cousin.

«Todos, aunque rodeados de nuestras debilidades, y sobre esta tierra de destierro, sujetos a grandes peligros y a numerosas peregrinaciones; pero animados con una caridad ardiente, con una fe inmutable, y una esperanza invencible, así como con un ardiente amor por el prójimo, llevando en todas partes, en sus cuerpos, la mortificacion de Cristo, y hechos las imágenes de los Hijos de Dios, sufriendo por amor de Cristo las mayores angustias, han triunfado magnificamente de la carne, del mundo y de las asechanzas del demonio. Han ilustrado, por el esplendor de su santidad y por sus brillantes prodigios, a la Iglesia católica, y nos han dejado para imitar los mas generosos ejemplos de todas las virtudes.

«Hechos ahora los amigos de Dios, revestidos de las vestiduras blancas, participan del sumo gozo de la Jerusalem celestial, y se embriagan con los dones que sobreabundan en la casa del Señor; porque el Señor los colma con el gozo de su semblante, y los inunda con un torrente de placer; brillantes como el sol, poseen la palma y la corona, reinan con Cristo en la eternidad y oran por nosotros, seguros ya de su propia inmortalidad, y solícitos aún del cuidado de nuestra salud.

«Así, pues, Venerables Hermanos é Hijos muy amados, demos al Dios de todo consuelo abundantes acciones de gracias, porque en medio de las calamidades de la Iglesia y